



# APM 3.9.

Publicación digital. - Asociación Profesional de la Magistratura

MARÍA VICTORIA GUINALDO LÓPEZ

CASTILLA Y LEÓN

## LAS UVAS DEL DESVÁN

Atrás se habían quedado poblaciones muy pequeñas de adobe y teja árabe, dedicadas a la agricultura extensiva de secano y a la ganadería ovina. Los campos del Cea estaban sembrados con trigo de invierno, los que se plantan en el otoño y se cosecha a mediados de mayo. A medida que el vehículo avanzaba, el trigo se balanceaba con el viento formando grandes olas amarillas, invitando a surfear con la mirada, creando una armonía difícil de describir.

Después de un tiempo impreciso, el vehículo redujo la velocidad, comenzando a circular lentamente por una sinuosa carretera. Las cunetas estaban llenas de la planta de la jara, el tomillo de los prados y el romero todos florecidos, por la ventana del conductor apenas abierta, se colaba el olor de la primavera. El campo se tornó del amarillo al verde, cubierto por un tapiz vegetal en el que se alternaban pastizales, brezales y piornales con magníficos bosques de hayas y robles.

Los dos hombres que ocupaban las plazas delanteras del vehículo, hablaban sin parar, eran oriundos de la misma localidad y pasaban de una conversación a otra, todas intrascendentes refiriéndose a personas que identifican por sus mote. El conductor del vehículo era un hombre de aspecto vulgar, con la nariz muy ancha y coloradota, que había desarrollado la habilidad de hablar sin quitarse un purito de la boca. El copiloto oficial en funciones de secretario, de mediana edad saltaba a la vista que era "un simple". Era hijo de una viuda con parientes muy bien relacionados, que le habían proporcionado trabajo de agente interino en el Juzgado único y mixto ubicado en la localidad más poblada del partido judicial, puesto de trabajo en el que se había perpetuado desde hacía años y había ido ascendiendo, juzgado en el que seguro se jubilaría llegado el momento.

La parte trasera del vehículo estaba ocupada por una joven juez en su primer destino y un hombre maduro, experimentado y curtido en su profesión de forense. Estaban en silencio, escuchaban a los dos hombres que ocupaban las plazas delanteras del vehículo, pero sin ningún interés, como quien escucha llover a buen resguardo y se enreda en pensamientos ajenos a la lluvia.

El vehículo se adentró por un camino ancho y bien cuidado, se detuvo frente a dos viviendas; la más próxima, moderna de nueva construcción sin interés arquitectónico, y la otra a la que se dirigió la comitiva judicial era de piedra, con una gran puerta de entrada en forma de arco, una puerta de madera de nogal envejecida por los años con llamadores dorados. Se apreciaba que había sido concebida en su origen como casa señorial de postín, estaba dividida en dos plantas con un precioso patio interior rodeado de columnas de piedra. En el patio se paseaban unas gallinas con pintas blancas y negras, estaban gordas y bien cuidadas; "gallinas puras flor de almendro", dijo el oficial en funciones de secretario "muy buenas para carne", y otras más flacas color marrón, "para poner huevos" comentó de nuevo el oficial, sin que nadie le preguntara. Estas últimas corrían de forma ruidosa y despavoridas, huían de un llamativo gallo de plumaje vistoso con una gran cresta roja, que ajeno a la tragedia del momento, pretendía iniciar el ritual de la fertilidad.

La comitiva judicial, precedida de dos agentes de la Guardia civil, que se encontraban ya en el lugar, tras atravesar el patio subieron por unas escaleras de peldaños estrechos a la zona alta, al desván. Este era de buena altura, no había que agacharse, la cubierta era a dos aguas con vigas sólidas de pino que se entrecruzaban; de cada viga colgaban en ristra racimos y racimos de uvas de un color oscuro, que milagrosamente se conservaban sin pudrir, pese a estar ya lejano el otoño, al estar en un sitio oscuro, ventilado y seco se habían convertido en uvas pasas, pero aún conservaban gran lozanía.

Por unos segundos la joven juez, sin olvidar qué le había llevado a ese lugar, se quedó embelesada mirando el espectáculo; "un bosque de racimos de uvas colgados del techo del desván".

¡Allí Señoría ...!, dijo uno de los agentes, señalando un lateral del desván. Y sí allí, como si fuera un racimo gigante estaba colgado un hombre todavía joven, el cadáver de un hombre vestido de domingo, aunque era martes.

Tras la autopsia, como se había hecho tarde, la comitiva judicial se detuvo a comer en un bar de carretera, se sentaron en dos mesas muy separadas; en una el oficial con el taxista y en otra el forense y la joven juez. Aquellos parlamentaban de forma ruidosa, aunque la lejanía no permitía conocer sus temas de conversación. En la otra mesa, y en silencio el forense estaba concentrado en comer un buen chuletón partido de forma perpendicular que le garantizaba un asado uniforme y en su punto. La joven juez desplazaba de un lado a otro de su plato una simple ensalada mixta. Los racimos de uvas del desván, y sobre todo el más grande, le habían formado un nudo en la garganta que apenas le dejaba tragar su saliva.

Una vez en el despacho, la juez anotó en el dietario correspondiente al día 11 de abril de 1992; Levantamiento de cadáver.